



A MERCED  
DE UN

VAMPIRO  
2

MARTHA MOLINA

---

## Agradecimientos

A todos los fans de la saga que con tantas ansias han esperado la segunda parte.

---

## Sinopsis

Tras instaurar la Casa del Fénix, Amara tiene como propósito principal, recuperar el amor de Velkan. Para ello deberá eliminar a la única mujer que se interpone en su camino.

¿Lo conseguirá?

## Prólogo

---

Sueño con tus ojos.  
Sueño con tus labios.  
Sueño con tus besos...  
Me sumerjo en un mundo donde todo es posible.  
Me amas, me sonríes, me desatas...  
¿Cuál es tu secreto?  
No sé.  
No entiendo.  
No lo comprendo...  
Demasiado supremo para una pobre alma atormentada por tus secretos.  
Sensaciones placenteras invaden mi cuerpo cuando estoy a tu lado.  
Me atrapas, me hipnotizas, me desarmas...  
¿Qué eres para mí?  
Un dios.  
Un brujo.  
Un guerrero.  
El más poderoso del universo.  
Sueño con tu mirada.  
Sueño con tu cabello.  
Sueño con tu silencio...  
Traspasas las fronteras de la realidad y la fantasía.  
Me dominas, me comandas, me esclavizas...  
¿Por qué lo permito?  
Medito.  
Razono.  
Pienso.  
Y no encuentro una respuesta satisfactoria.  
Atenta estoy a tus movimientos.  
Me fascina, me aturdes, me encantas...  
¿Cómo te detengo?  
No quiero.  
No puedo.  
No lo deseo.  
Si he de someterme ante ti, que sea a tu gusto y a tus requerimientos.  
Sueño con tus abrazos.  
Sueño con tu sonrisa.  
Sueño con tu cuerpo...

Oníric  
Martha Molin

---

## Capítulo 1

—¡Cuánta gente! —exclamé con el deseo contenido de salir corriendo del lugar. El Salón Circular estaba atestado con la crema y nata de la nueva casa alemana: la del Fénix. Amara Von Dielmisse decidió celebrar su retorno por todo lo alto, anunciándolo con fanfarria. Las clases sociales más importantes de diferentes partes del mundo, hicieron acto de presencia para rendirle homenaje a Grigori. Sin duda alguna la vampira entraba por la puerta grande. Le ganó a Azael en su propio juego. Había recuperado su amado país.

—Ve acostumbrándote; Amara suele hacer bailes con mucha frecuencia —comentó Velkan en voz baja.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Estar en medio de tantos desconocidos, por los que no tenía ningún tipo de afinidad, era abrumador.

Suspiré y me aferré de su brazo.

Ambos ingresamos al majestuoso salón, saludando a diestra y siniestra, más por cortesía que por amistad. Velkan se notaba rígido, trataba de disimular tranquilidad, pero su incomodidad era peor que la mía. El pobre se sentía como pez fuera del agua, había entablado fuertes nexos durante los cien años en los que permaneció bajo el mando de la Casa de la Serpiente y ninguno era de los que estaban aún presentes. Sin embargo, su destino fue sometido a la suerte entre dos vampiros poderosos que decidieron un día apostar la lealtad del mejor Adalid de Europa, solo para demostrar quién era el más astuto.

Y ahora se reincorporaba a las filas de esa odiosa mujer para comenzar de nuevo.

Suspiré. Era extraño volver a ese lugar después de varios meses. La última vez, mi vida pendía de los dos vampiros que hacían de abogado defensor y acusador. Por poco y no lo cuento, Céferes tenía motivos para que fuese condenada a perecer con una estaca o a recibir el abrazo del sol. Su amante de mil años perdió la vida por un empeño de tenerme en su cama. Se obsesionó con una mujer que fue arrebatada de la humanidad contra su voluntad.

Pero Velkan fue más hábil y demostró mi inocencia. Sus palabras fueron escuchadas y aprobadas sin levantar objeción.

No obstante, yo estaba allí “festejando” junto con los nuevos residentes la recuperación de la Madre Patria. En su mayoría, eran alemanes, que habían sido desterrados de forma imprevista y sin haber derramado una gota de sangre.

Recorrimos el camino con la frente en alto y una postura muy digna. Pese a que éramos objeto de escrutinio, no íbamos a exteriorizar una pizca de intimidación.

Respiré profundo y estudié detenidamente la exquisita decoración del salón: Las esculturas griegas se erguían con insolencia entre ventanal y ventanal. Las lámparas de araña con sus múltiples brazos y cristales de lágrimas, iluminaban a los invitados como si fuese la luz del día. No había mesas para que los presentes se reunieran entre ellos y conversaran animados sobre banalidades, pero sí uno que otro sillón, tipo Luis XV, permitiendo a las vampiras que ostentaban más joyas, sentarse en ellas, y los caballeros de pie, haciéndoles compañía.

Por un momento recordé las escalinatas que rodeaban el lugar y hacían ver al salón como si fuese un anfiteatro bajo techo. Sin embargo, estas desaparecieron, volviendo a su diseño original y barriendo toda traza del anterior reino.

Elevé la vista. La música fluía en vivo, con una orquesta que tocaba grácil y armoniosa en un amplio balcón situado a dos metros de la élite vampírica. Me sorprendió no haberlo visto antes, era un espacio predestinado para ese fin sin la necesidad de mezclar las clases sociales. Pero para entonces qué me iba a fijar en la arquitectura cuando tenía las horas contadas en aquél juicio.

—¡Velkan! —Una potente voz estalló en medio del salón, sobresaltando a más de un invitado—  
¡Amigo, mío! —Se acercó a nosotros a pasos agigantados. Era una mole, un sujeto que debía  
sobrepasar los dos metros de estatura, de cabello dorado y ojos azules, y con músculos a punto de  
reventar. Un “Hulk” sacado directo de las tiras cómicas, pero con la diferencia de que su cabello era  
claro y la piel no era verde, sino blanca como la de un espectro. Se veía a leguas que podía arrancar  
la cabeza a cualquiera de un puñetazo.

Velkan sonrió de igual modo. Su sombrío semblante cambió tras ver al enorme vampiro.

—¡Herman! —Se dieron un abrazo y sus espaldas sonaron con fuertes palmadas—. ¡Bastante  
infeliz, supe que te casaste!

El aludido se carcajeó a todo pulmón.

—¡Me atraparon! —se excusó con su poderosa voz. Y luego se giró para extender la mano hacia la  
vampira que estaba detrás de él—. Te presento a mi esposa: Wanda.

Ella sonrió jocosa, sin ser coqueta.

—Un honor conocerlo, mi señor —dijo haciendo una leve reverencia. Su condición física  
armonizaba con la del grandulón. Alta, atlética y vivaracha.

—El gusto es mío. —Velkan unió sus talones y asintió con la cabeza.

Al instante nos presentó:

—Ella es Vanessa, la mujer que me trae de cabeza. Mi esposa.

Herman soltó otra escandalosa carcajada y le dio una palmada en la espalda que casi lo tumbó  
al piso.

—¡A ti también te atraparon!

Velkan se rio y me miró.

—Querida, este idiota es Herman, un gran amigo y Adalid.

Imité la reverencia de Wanda. No quería pecar de descortés. Al parecer, a un Adalid había que  
rendirle ciertas pleitesías, así fuese su propia esposa.

—Mi señor...

—Una belleza —expresó Herman sin preocuparse que su esposa se molestara. Luego tomó mi mano  
y de forma ruda la besó—. ¡Te ganaste mi respeto! —dijo—. Ninguna mujer lo pudo atrapar. Ni  
siquiera... Eh... —calló ipso facto y carraspeó como si se hubiera atragantado con su propia saliva.

Velkan abrió los ojos como platos y yo sonreí haciéndome la desentendida. ¡Por supuesto que sabía  
de a quien se refería!

Amara.

No pude evitar buscarla a mi alrededor. No estaba por ninguna parte y los invitados nos observaban  
con displicencia. A Velkan y a mí nos veían como intrusos en sus moradas. Una pareja que debía  
mantener en la mira.

—¿Te has puesto al día? —inquirió Herman, cambiando de tema. Casi había metido la pata, pero  
hacía todo lo posible para resarcir su error.

Velkan asintió; de lo que fuera que le estuviese preguntando, estaba al tanto.

Continuaron hablando en alemán, dejándonos a Wanda y a mí fuera de la conversación.

La vampira me estudiaba con detenimiento, no lo hacía de forma odiosa, pero su curiosidad era  
palpable.

En un susurro, me comentó:

—Me han dicho que la forma en cómo su esposo la cortejó, fue... particular.

Sonreí mordaz. Vaya que el cotilleo volaba.

—Querrás decir: poco romántica —dije.

Aunque, pensándolo en frío, un secuestro y transformarme a la fuerza, no era la mejor de las  
proposiciones matrimoniales. En el fondo, no me consideraba su esposa. El anillo podía significar

“pertenencia”, pero no “unión”. Sin ceremonia, no había nada. Solo palabras huecas. Y las palabras, las llevaba el viento.

---

Ella se rio.

—No te lamente —replicó—. Herman me propuso matrimonio en un enfrentamiento contra insurgentes. Yo estaba herida y él con un puñal atravesado en el pecho.

Asentí dándole la razón. Si Velkan me hubiera salido con algo como eso, pensaría que estaba loco.

—¿Lo amas? —me preguntó, tomándome desprevenida y dándome cuenta que mi relación con Velkan era un asunto que seguía causando curiosidad para todo el mundo.

De repente, los dos Adalides dejaron de charlar para atender a mi respuesta.

Miré a Velkan y sonreí.

—Con todo mi corazón —lo que sentía por él era arrollador y no me atemorizaba.

—Toda una declaración... —Por alguna razón el comentario de un vampiro detrás de mí, me molestó. Se había unido al grupo sin ser invitado.

Me volví hacia él y lo vi.

Era muy guapo.

—Ferdinand... —saludó Velkan, arrastrando el nombre de mala gana. Por lo visto, el sujeto me desagradaba, y no era para menos.

—Velkan... —El aludido devolvió el saludo con la misma frialdad. Era tan alto como él, rubio, con buen aspecto físico y con un rostro que atrapaba con la mirada. Todo un galán, lástima que la primera impresión le había quitado el encanto.

Se dieron un apretón de manos por mera cortesía.

—¿Cómo te llevas con tus hombres? ¿Ya te toleran? —preguntó Ferdinand con cierta reticencia. El aire circulante se volvió denso al punto de ser casi asfixiante.

—Me respetan, si a eso te refieres.

El recién llegado torció el gesto con desdén.

—No es fácil obedecer a alguien que ha sido peón del enemigo —dijo con ojeriza—. Tendrás que sudártela para alcanzar el nivel que nosotros tenemos.

Velkan gruñó por lo bajo. El idiota se estaba ganando una golpiza.

—Eh... deberíamos darle a Velkan una bienvenida. ¿No crees, Ferdinand? —intervino Herman para aligerar la tensión—. El hijo pródigo volvió a casa.

Velkan sonrió a medias y Ferdinand alzó una ceja.

—Yo no diría una “bienvenida”, después de todo, nunca se marchó. ¿No es así, Velkan?

Este empuñó las manos y lo miró con ojos asesinos.

—Así es —respondió contenido. Comenzaba a pagar las consecuencias de un macabro juego.

Ferdinand paseaba la mirada por el grupo como si fuese superior a ellos. Sus ojos verdes titilaban con cierta maldad que hacía a cualquiera tomar medidas para protegerse. Demasiado engreído y rastreador como para soportarlo de por vida.

—Aunque fue bueno que permanecieras aquí —agregó él casi de forma ofensiva—. Mira lo que conseguiste... —me escaneó de arriba abajo como si estuviera desnuda— una belleza...

Me estremeció de mala manera. Me recordó a Iván: libidinoso, impertinente y odioso.

—¿Eso mismo dije yo: Velkan desposó una piedra preciosa! —expresó Herman, sonriente. Sin embargo, en sus ojos azules se reflejaba la preocupación de un posible enfrentamiento entre esos dos.

Ferdinand sonrió lascivo.

—¿No nos vas a presentar? ¿O tantos años a las órdenes de Azael te quitaron los buenos modales? —espetó haciendo gala de toda su animosidad. Era fácil darse cuenta que disfrutaba crear rencilla, especialmente a los que no eran de su agrado. Por algún motivo, Velkan estaba en su lista negra.

El aludido se tensó.

—Vanessa; conoce a Ferdinand: uno de los Adalides de Amara.

—¡El más gallardo entre muchos! —dijo el aludido, jactancioso.

Esbocé una sonrisa desabrida.

—Un gusto conocerle... —El “mi señor” se quedó atragantado en mi garganta. Pero la reverencia pudo ser omitida.

Ferdinand respondió al saludo como lo hizo Velkan con Wanda en su momento.

—Tal vez seas el más gallardo —convino Herman—, pero no el más fuerte. ¡Te puedo patear el culo con facilidad!

Ferdinand se carcajeó en desacuerdo.

—Fue pura suerte —replicó haciendo referencia a algún evento pasado.

El grandulón y el impertinente se enfrascaron en una discusión en alemán. Los gestos desafiante hacían a entender que, entre ellos, había una especie de competencia por quien era el más rudo de Casa del Fénix.

Hablando de casa...

El blasón de la Serpiente que colgaba en lo alto del Salón Circular ya no estaba. En su lugar, una mitológica ave se hallaba a la vista de todos, impresionante y soberbia, con sus alas extendidas y una amenazante mirada.

Eso me hizo pensar que la Grigori aún no había hecho acto de presencia. Por supuesto, la nobleza hacía esperar, y la señora Von Dielmisen era una vampira que le gustaba crear expectativa.

—Por cierto, Velkan. Aidalud *se muere* por verte —comentó Ferdinand, tirando un dardo venenoso.

Me tensé. La alarma de “zorra al acecho” sonó en mi cabeza.

Velkan lo miró con severidad y tiró de mi brazo para alejarnos de ellos. No tenía ánimos como para bromear con sus compañeros de armas. Medía el terreno, observando a los festejantes moverse a su alrededor con sus trajes de etiqueta y largos vestidos de diseñador. Estaba inquieto, su vista periférica oscilaba de un extremo a otro, como si estuviese buscando a alguien en particular. De vez en cuando hacía un asentamiento de cabeza o estrechaba la mano por el que se dignaba a saludarnos. La estaba pasando mal, y por lo poco que le conocía, diría que hasta extrañaba a su antiguo señor.

No obstante, cuando la reina de los vampiros germanos, emergió como toda una diosa por la puerta principal del gran salón... la música cesó y los invitados enmudecieron ante ella.

Caminó majestuosa hacia la plataforma donde una vez estuvo de pie, junto Azael, haciendo de juez en un juicio por asesinato que yo no había cometido.

Venía acompañada por tres personas rubias que la seguían de cerca: una mujer de mediana edad con mirada ceñuda, una chica estilizada y de belleza incuestionable, y un joven, para nada atractivo, pero con una textura fuerte que inspiraba temor. Detrás de ellos, una docena de guerreros, les pisaban los talones, dispuestos a sacrificarse por su reina.

Esta vez la plataforma albergaba un trono. Amara se sentó sobre él, y los que la siguieron, se situaron a su izquierda y derecha respectivamente como si fueran su asistentes personales o los más importantes de la Casa, después de ella.

La Guardia Pretoriana que la custodiaba, se hizo a los pies de los escalones, para impedir acercamientos indeseables.

La música se reanudó y las múltiples voces se enzarzaron en sus respectivas conversaciones.

Velkan me miró y dijo:

—Vamos, hay que saludarla.

Tomé aliento, deseando evitar el momento. Amara era la última persona sobre la faz de la Tierra que quería saludar. Pero no podía, para mi desgracia, me había convertido en su servidora.

La Grigori alzó una ceja de forma displicente en cuanto me divisó. Pero su expresión prepotente cambió al poner sus ojos sobre Velkan.



—Mi señora —saludó él, con rodilla en piso. Había aceptado la sumisión sin protestar con anterioridad.

Gruñendo para mis adentros, tuve que imitarle para no meterme en problemas. Tenía que fingir.

Con la mano, Amara nos indicó que nos levantáramos.

—Dime, Velkan: ¿cómo crees que me veo? —le preguntó de forma descarada como si yo no estuviese presente.

Velkan carraspeó.

—Luce muy hermosa —aduló evitando tutearla.

Ella sonrió seductora.

—¿La más hermosa?

Velkan tragó saliva y contestó:

—Así es.

Conté hasta diez para contener la rabia; sabía por qué lo hacía y no le daría el gusto de pecar como subordinada. Yo era la que tenía la sortija, pese a que no significaba mucho, pero Velkan era mío. No de ella.

—Me alegro —dijo vanidosa—. Siempre me visto para imponer. —El vestido rojo que usaba se ceñía a su cintura de avispa y realzaba los senos, haciéndolos prominentes.

A la dama de las cejas fruncidas pareció desagradarle el coqueteo que mantenía su ama con un vampiro de casta inferior.

—Si me lo permite, usted no necesita demostrar nada a nadie —agregó Velkan—. Su sola belleza es suficiente para imponerse sobre las demás.

Amara se carcajeó. Gozaba ponerle en un predicamento, y a mí hacerme rabiar hasta la muerte.

—Lo sé —convino, orgullosa—. Pero como toda mujer, necesito escucharlo.

El sujeto feo y la ceñuda, intercambiaron miradas silenciosas. Las confianzas que podría tener la reina con un recién agregado a las tropas, no era bien visto por los presentes. Para ellos, Velkan era un soldado sin mérito y extranjero. Un trofeo de guerra, por no decir más.

—Lamar, hazle compañía a Vanessa. Necesito hablar con Velkan de ciertos asuntos —ordenó Amara al poco agraciado por la naturaleza. Sus facciones se asemejaban a los de un sapo con melena rubia. Boca grande, nariz pequeña y ojos saltones.

El aludido asintió reverente y me ofreció con desánimo su brazo para alejarnos de la plataforma mientras que la chica y la obcecada mujer, hicieron lo mismo para darles privacidad.

Caminamos rápido para que mis oídos no pudiesen captar nada de lo que ellos hablaran. Nos mezclamos entre la gente, pero no nos detuvimos a charlar con ninguno. Lamar me conducía hacia un punto que no podía determinar, tal vez para evitar las presentaciones y tener que explicar más de cuenta. Si Ferdinand me había desagradado por ser engreído e impertinente, este era peor. Era un soplado oscuro.

Eché un vistazo por encima de mi hombro. Amara y Velkan iniciaron la conversación un tanto exaltados como si estuviesen discutiendo. Me tensé. Delante de la gente mantenían los formalismos pero él trataba de hacerlo— pero cuando estaban a solas... saltaban chispas entre ellos.

Los celos me atenazaban de la peor forma y no podía evitarlo. En los días previos al retorno de la Casa del Fénix, Velkan permaneció alejado del Angelov para asumir el mando sobre la centena de hombres que provenían de los países que estaban bajo el dominio de la Grigori. Él, como antiguo Adalid de la Casa de la Serpiente, comandó su propio ejército; era poderoso y temido, pero lo perdí por culpa de la apuesta entre Amara y Azael. Solo poseía el título, y eso no valía nada si no era un líder como debía ser. Algo así como mi anillo de matrimonio: sin ceremonia, carecía de importancia. Y eso era lo que más temía... Amara se podría aprovechar de ello.

Lamar me llevó a un extremo del salón y se unió a la plática de unos sujetos pomposos que me

miraron como si fuera un pedazo de carne al que debían hincar el diente. Me presentó sin mucho formalismo, procurando que sus asquerosos conocidos se deleitaran sobre mi escote. Había una especie de complicidad entre ellos, pero sin caer en lo burdo. Los sujetos le rendían pleitesía como si fuera un Antiguo o Adalid. Aunque eso me hizo recordar que Samantha me había dicho una vez que Amara era una de las Grigoris con más Adalides en su haber, y que apenas era superada por otro de origen británico, quien era el más poderoso de todos. Ahora con Velkan en su poder, el inventario ascendía a cinco.

Rodé los ojos hacia la plataforma.

Amara —desde su trono— alzaba los senos y sutilmente se los ofrecía a mi esposo, ansiosa de ser tocada por él. Me extrañaba que no utilizara sus habilidades hipnóticas y lo sometiera contra su voluntad.

¿Por qué no lo hacía?

¿No podía o no quería?

Pero yo no era la única que los observaba desde lejos. La chica rubia entornaba sus ojos con soterrados celos hacia ellos, sin darse cuenta que podía provocar una reprimenda de parte de la arisca mujer que estaba cerca, para que no fuera tan evidente.

Las dos vampiras, eran hermosas, pero cada una a su manera. La joven, que no tendría más de veintidós años, tenía un rostro angelical, nórdico, de ojos almendrados y azul lapislázuli. Su cabello, largo y amarillo como el sol, caía más abajo de las nalgas; y del cual su “juventud”, era patentada con un vestido color menta, sencillez y atrevido.

En cambio la madura, era más refinada, acorde a su “edad”. Vestía con sobriedad, sin nada que mostrar, salvo el ostentoso collar que adornaba su cuello de cisne. Su pelo recogido y más oscuro que el de la chica, se enroscaba en un moño debajo de la nuca, sin adornos, y para nada delicado. El aburrido peinado y la seriedad en sus expresiones le agregaba más años de los que pudiese calcular. Parecía de cuarenta, pero si no fuese tan malencarada, me atrevería a jurar que aparentaba unos treinta. Sin embargo, quién sabe, cuál sería su verdadera edad, la mayoría de los que asistieron al Baile de Retorno, superaban los trescientos.

En mi mente lancé una sarcástica risa, sintiéndome como una mosca en un vaso de leche. Todos eran rubios, muy rubios...

—Vanessa, explíquenos a todos: ¿Cómo conociste a Velkan?

Parpadeé dejando atrás mis celos y conjeturas, volviendo al desagradable grupo donde me encontraba. Había logrado captar la impertinente pregunta de Lamar. Su curiosidad tenía un propósito.

Se estaba pasando de la raya.

—¿Acaso no lo saben? —pregunté un tanto sarcástica. Me llamó la atención que bebieran licor y no sangre.

Lamar se carcajeó.

—Algo sabemos —respondió—, pero deseamos escucharlo de sus propios labios.

Respiré profundo y respondí:

—Me echó el ojo. Es todo.

El cara-de-sapo esbozó una sonrisa desdeñosa.

—No parece propio de Velkan —dijo—. Él no suele “echar el ojo” a doncellas, sino que recluta humanas con camino recorrido.

Los hombres murmuraron entre ellos y me miraban de reojo como si fuese una paria.

—No se ande con rodeos y diga lo que está insinuando —le desafié. Estaba que ardía de la furia.

—Soy un caballero para decirlo.

Me reí con sorna.

—Si lo fuera, usted no abordaría tan ofensivo tema.

Él y los demás se carcajearon sin reparos. Encontraban divertido que estuviese indignada, al parecer estaban muy acostumbrados a decir las cosas sin delicadezas.

---

Lamar se hizo de un vaso de whisky que una chica le ofrecía y se la bebió de una sentada. Pidió otro sin dejar de reírse como loco. El tufo del licor saltó al instante, indicándome que era un asiduo bebedor. No medía la lengua y lo que escupía traía serias consecuencias. Para mi mala suerte, me tocó de compañía un vampiro alcohólico.

Desde lejos, Herman y su esposa se inquietaron, y Ferdinand nos lanzó una mirada inquisitiva. Seguro habían dado cuenta de mi enojo.

—¿La he ofendido? —preguntó Lamar con antipatía—. Porque solo dije la verdad: Velkan es un recolector de sangre y de mujerzuelas. Y usted es una de ellas.

La ira me abordó al instante, el muy maldito iba a saber quién era Vanessa Carter.

Sin embargo, un puñetazo salido de la nada, le cruzó la cara, tirándolo al piso de espaldas.

El silencio se había instaurado en el Salón Circular.

---

## Capítulo 2

—¡Respétala! —Velkan tronó a todo pulmón. Sus hombros subían y bajaban acelerados.

Lamar, sobándose la mandíbula, respondió:

—No sé por qué te molestas. Ella es lo que es.

—¿Y QUÉ ES? —le inquirió, robándome la pregunta. Sus nudillos perdieron todo rastro de coloración; el flujo de sangre había quedado paralizado tras la furia que mantenía contenida en sus apretados puños.

—Su esposa es hermosa, pero no se compara con las damas que están presentes —dijo mientras ponía en pie. Mantenía lo dicho, pero sus amigotes habían dado un paso atrás por precaución.

Velkan entrecerró los ojos como una cobra.

—Por supuesto que no. Ella está por encima de todas.

Lamar lanzó una sonrisa sarcástica y Velkan se le abalanzó para molerlo a los golpes.

—¡Basta! —Una voz autoritaria retumbó sobre nosotros.

La vampira malencarada se había acercado, junto con algunos guerreros, prestos a utilizar la fuerza para detener la pelea. Era una mujer imponente, que metería en cintura al que osara desobedecerle.

Lamar y Velkan se detuvieron en el acto y se reverenciaron, al igual que los hombres que miraron con asquerosidad, dejándolos libidos ante su presencia.

—Lo que sea que haya entre ustedes dos, lo resuelven en otra parte —ella reprendió—. Este no es momento ni el lugar para aclarar cuentas. ¡Compórtense, son Adalides, no adolescentes!

—Disculpemos, mi señora —ambos dijeron a una sola voz.

Los invitados se habían cerrado en torno a los agraviantes, murmurando por lo bajo, escandalizados por semejante espectáculo. Ferdinand discutía en voz baja con Herman, mientras que Wanda observaba todo lo ocurrido con la boca abierta.

La ceñuda fijó su atención en mí, traspasándome con la mirada.

—Parece que usted causa rencillas a dónde quiera que va —espetó—. Su fama la precede.

Tragué saliva. El comentario me cayó como un golpe en el estómago y a su vez me dio vergüenza. Me señalaba como un ser rapaz y sórdido.

Velkan —aún en posición reverente— se entristeció. Estaba dolido por el trato que me estaban dando.

Azorada, miré hacia la plataforma. Amara conversaba con la chica que le acompañaba sin quitarme sus gélidos ojos de encima. Estaba que echaba chispas. No perdía la compostura, y no había que ser un genio para darse cuenta que era sobre mí de quién hablaba. Y eso me preocupaba, pues de ella, yo podía esperar cualquier cosa.

La ceñuda nos ordenó a Velkan y a mí que nos marcháramos. Con nuestro comportamiento habíamos ofendido a la Soberana. Sin embargo, por la forma tan autoritaria en cómo la mujer dirigía a los Adalides y a los guerreros, podía asumir que era la Sigma. La máxima jefa del ejército de los vampiros, y ya nos la habíamos ganado como enemiga.

Velkan me tomó del brazo y sin más quejas o disculpas, tiró de mí y cruzamos el salón a paso agigantados. Los murmullos y las risitas perversas quedaron atrás, haciéndonos trisas por el pésimo comportamiento que habíamos dado. Si antes los rumores sobre nosotros les parecían a esa gente infundados, ahora estaban más que confirmados. Éramos una pareja digna de causar escándalos donde fuésemos.

Bajamos por las escaleras hacia el primer piso y en dos segundos estábamos en el exterior.

Hugo —que conversaba con otro chofer— se sorprendió al vernos salir de la casona de un modo poco elegante. Abrió rápido la puerta del pasajero y Velkan y yo nos deslizamos dentro de la limusina con expresiones adustas.

Sin esperar una orden específica, encendió el motor, abandonando los terrenos residenciales de Amara, antes de que a su amo le diera por perder la cordura. Tal vez estaría imaginándose que tuvimos alguna pelea de pareja, pero si eso era lo que cruzaba por su mente, estaría equivocado. Aunque las verdaderas razones de nuestra abrupta partida no tardaría en llegar a sus oídos. Los Angelov éramos la comidilla de todo el mundo. Nos habíamos convertido en dos seres marginados y señalados.

—¡Maldito, me las va a pagar!

—Cálmate, Velkan. No le des importancia —dije posando mi mano sobre su pecho. Respiraba agitado y echando chispas por los ojos.

Él me miró con severidad.

—¿Qué no se la dé?! ¡Te ofendió! Y al hacerlo, me ofendió también. ¡Eres mi esposa!

Retiré la mano y rodé los ojos hacia mi ventanilla para que no viera mis lágrimas. Parecía que la sombra de Krauco se mantendría sobre nosotros por siempre. Por él fui tachada de puta y de asesina, a pesar de que Azael dictaminó lo contrario.

La limusina mantenía el curso recto hacia el Angelov. Hugo tuvo el buen tino de subir el vidrio que dividía la cabina con los asientos de los pasajeros para darnos privacidad. La ciudad mantenía un ritmo alegre debido al buen clima. El verano estaba por llegar a su fin, y los berlineses hacían todo lo posible por disfrutarlo hasta lo último.

—Comenzamos con mal pie... —mascullé entristecida. Por ese hecho íbamos a sufrir, no me cabía la menor duda.

Velkan entrelazó mi mano que reposaba sobre mis muslos con la suya. Sus dedos se afianzaron con delicadeza haciéndome ver que a él no le importaba.

—Las cosas buenas no son fáciles —expresó para animarme—, y yo no le temo a los retos.

Lo miré.

—Esto va más allá de un simple reto —manifesté—. Tenemos que ser prudentes. Amara no me tiene en buena estima y los Adalides apenas nos toleran.

Velkan me soltó la mano, para luego envolverme entre sus brazos.

—Haré lo que sea para protegerte —dijo con aplomo. Su timbre de voz era de tener cuidado.

Suspiré llena de temores. ¿Hasta dónde él estaría dispuesto a llegar para protegerme?

De repente su móvil timbró dentro de su chaqueta. El sonido alertaba una llamada de forma insistente. Velkan lo ignoraba, pero al cabo de un minuto, lo apagó. Quién fuese la persona que requería de su atención, tendría que esperar a que su humor mejorase.

Pero yo sabía cómo hacerlo. Busqué sus labios, dejando de lado todas mis preocupaciones. Necesitaba de sus besos una vez más para fortalecerme.

Velkan me correspondió, también urgido del contacto físico. El disgusto lo había envalentonado convirtiéndolo en un animal que se dejaba comandar por sus instintos.

Pero él no se conformaría con un simple beso.

Su erección fue más que evidente y me lo hizo saber al intentar bajarme la cremallera del vestido.

—¡Aquí no! —exclamé sintiendo que mi rostro ardía. El chofer estaba a escasos metros y podría darse cuenta.

Sonrió pérfido.

—¿Por qué no? —inquirió como un niño travieso. Le gustaba romper los moldes.

Parpadeé y lo medité.

¿Por qué no? ¿Quién nos detendría?

Al demonio con las buenas costumbres y lo que era correcto.

Lo quería a él.

Humedecí mis labios y arqueé la espalda para ofrecerle mis senos.

—Adelante, señor Angelov. Demuéstrame lo que sabes hacer... —dije con las entrañas.

removiéndose expectantes.

A Velkan le fulguraron los ojos y sus labios se estiraron en una amplia sonrisa.

Sin embargo, hizo algo que no me esperaba.

Deshizo el nudo del corbatín y lo deslizó de su cuello con una lentitud maliciosa. En sus labios bailaba un deseo reprimido.

—Voltéate y pon las manos en la espalda —pidió excitado.

Abrí los ojos como platos y obedecí sin rechistar. ¿Qué quería hacer?

Y lo supe en el acto. Me ató las muñecas con fuerza.

Me quería sometida.

—Vamos a ver qué tanto te puedes contener hasta tener un orgasmo —susurró perverso mientras me acomodaba en mi posición inicial.

Lo observé con detenimiento, me estaba desafiando.

¡Y yo quería aceptar!

—¿Crees que no soy capaz? —repliqué altiva—. Si me lo propongo me puedo insensibilizar.

Este acercó sus labios a mi oído y susurró:

—Te corres rápido. Eso está a mi favor.

¡Já!

—¡Me resistiré! —le aguijoneé.

Él negó con la cabeza, como diciendo “te acabas de meter en un problema, pequeña”.

—No eres inmune a mí —declaró con el ego inflado, y, a continuación, desgarró mi escote hasta el ombligo. La parte superior del vestido cayó deslizándose de mis hombros. Mis senos se alzaron imponentes. Los pezones los tenía duros como piedras. Me habían traicionado.

Velkan se relamió.

—Sip. No podrás... —Los tocó, dejando patentadas sus huellas impresas en mi piel, magreándolos sin delicadezas y asumiendo el rol de mando. Empezaba a tener una clara ventaja sobre mí.

Resoplé. ¡Tenía que concentrarme!

—¿Ah, no? —reiteré. El desafío comenzó a ser excitante.

—No.

—Eso está por verse.

Se carcajeó.

—Te doy cinco minutos para que te corras.

Me reí. ¡¿Qué pensaba hacer?!

—¡Pero qué presumido! Tendrás que fajarte con lo que se te está cruzando por esa linda cabecita para que me explote un orgasmo.

—Lo tendrás... —aseveró.

Arqueé las cejas, y siguiendo el juego, repliqué:

—¿Qué pasará si lo tengo?

Sonrió perverso.

—Te ataré en la cama de brazos y piernas, y te follaré bien duro hasta que pidas que me detenga.

La vagina me palpitó.

—Eh... —Me despabilé para mantenerme centrada—. Bien, acepto el desafío. ¡Pero si gano, atado será otro!

Velkan me mostró toda su blanca dentadura y asintió encantado.

Vaya... ganara o perdiera él igual lo disfrutaría.

Entonces, Velkan se reclinó un poco hacia adelante y sacó un paquete de un compartimento secreto que había cerca de su puerta. Tenía unas dimensiones de treinta centímetros de alto por diez de ancho y estaba envuelto de una forma que era difícil de adivinar lo que había dentro.

Fruncí el ceño, intrigada. Mis muñecas estaban adoloridas por el amarre y mi corazón desaforado ante la expectativa.

Lo desarrolló.

¿Pero, qué...?

Jadeé con los ojos desorbitados.

—¡Eso es trampa! —me quejé, pero internamente estaba que ardía de deseos.

—En ningún momento establecimos las reglas... —señaló con voz aterciopelada.

*Bastardo.*

El condenado había comprado un vibrador. Con ese aparato me correría en menos de tres minutos.

Velkan con socarronería lo sacó de su empaque. Tenía esa mirada maliciosa.

Abrí la boca, impresionada. Me gustaba la sobriedad del color. Negro y discreto. El modelo era para estimular el clítoris; no del común denominador: cabeza grande y un cable pegado a la base del mango para que funcionara con electricidad. Este era moderno, de baterías recargables, con una apariencia elegante y práctico como para llevar en el bolso.

—¡Bien! Yo aguanto —dije solemne.

Velkan encendió el vibrador, torció los labios en una sonrisa ladina y lo acercó a mis senos con lentitud. Me estremecí ante el contacto, las vibraciones eran suaves, sugerentes y deliciosas. Lo moví por los costados, alrededor de las aureolas y los pezones. Con los últimos tardó más, endureciéndolos y haciéndoles aumentar de tamaño. Cerré los ojos y me mordí los labios, conteniendo los gemidos que pugnaban por salir de mi garganta.

Luego sentí que el vibrador se perdía debajo del faldón, acariciándome los muslos internos en medida en que ascendía hacia la zona más erógena. El vestido le hizo fácil a Velkan la exploración, la tela se arremolinó en mis caderas, permitiendo que mis piernas se abrieran gustosas. Mi respiración se aceleró cuando este tocó mi centro por encima de la prenda íntima. Con la cabeza del aparato palpaba haciendo que se hinchara mediante leves círculos. No lo tocaba directamente, la braga permanecía como una barrera infranqueable.

Gemí, humedeciéndome en cantidades industriales. Velkan me orillaba a perder el pudor. ¡Y yo no quería perder!

—¿Te rindes? —preguntó ante mi pobre resistencia.

—No... —respondí con un jadeo. Mis pulmones estaban que se reventaban por el aire contenido. Trataba inútilmente de no ceder ante el goce.

Pero Velkan no estaba dispuesto a ser el perdedor.

Me arrancó con violencia la braga.

Lancé un gritito ahogado, procurando que Hugo no me escuchara.

Velkan sonrió y se llevó la prenda interior a la nariz. Aspiró profundo y gruñó lujurioso.

—Me gusta tu olor... —ronroneó enronquecido. Sus ojos se volvieron como el fuego. Se había desbocado su lado salvaje.

Lanzó la braga a un punto lejano de la limusina, y comenzó a acariciarme los pliegues del sexo con el vibrador. El clítoris era el botón carnoso con el que le gustaba jugar. Le daba leves masajes circulares, provocando que me retorciera del placer. Abrí más las piernas para darle mejor acceso. ¡Que me metiera el aparato completo si quería! Si tenía más de esos juguetitos, por mí encantada. Estaba presionada contra el respaldo del asiento sin poderme movilizar. Velkan se había adueñado de la situación, sacándome gemidos sin ningún reparo.

—Será pronto... —vaticinó relamiendo la inminente victoria.

Con la otra mano introdujo el dedo del medio en mis profundidades. Al principio con delicadeza pero cuando sintió que mi interior se había lubricado lo suficiente, decidió meter un segundo y ser más rudo. Escarbaba como si estuviera buscando algún tesoro. Me embestía con la mano, mientras que

el vibrador masajeara con vigor mi hinchada carnosidad.

*¡Oh, al demonio!*

Que hiciera conmigo lo que le diera la gana. ¡Lo quería a él! Que su virilidad me enloqueciera.

—Tu ganas —expresé entrecortada.

Velkan se rio.

—No he terminado —me hizo ver como si la masturbación con el vibrador fuese prioritaria.

—Tómame... —estaba por perder la conciencia.

Velkan sonrió.

—Impaciente... —Siguió con su labor, ignorando mi predicamento.

Gruñí.

—¡Tómame ya! —le imploré. Si no se apuraba, yo misma desataría mis muñecas y le sacaría pene para gozarlo.

Velkan se carcajeó ante mi impaciencia y me tumbó en el asiento, acomodando mis piernas sobre sus hombros. El vibrador terminó abandonado en el tapete.

El faldón del vestido casi me tapa el rostro y mi centro había quedado expuesto para él. Se bajó pantalón y el calzoncillo hasta la mitad del muslo. Me miró y dijo:

—Recuerda, Vanessa: atada de brazos y piernas. Esto será un anticipo.

Asentí y la penetración fue profunda.

Jadeé presa del placer. Mis brazos inmovilizados quedaron aprisionados con el peso de ambos cuerpos. Sus estocadas no fueron delicadas, desahogando sobre mí sus frustraciones y la rabia padecida en el Salón Circular. Nuestros olores íntimos impregnaron el interior de la limusina y me envolvió en una bruma lujuriosa.

De repente el vehículo se detuvo y la puerta del chofer se abrió. Miré por encima del hombro de Velkan hacia la ventanilla. Habíamos llegado al Angelov.

Me inquieté, Hugo no tardaría en abrirnos la puerta y encontrarnos como dos buenos practicantes del Kamasutra. Intenté avisar a mi compañero de faena, pero él lo impidió al apoderarse de mis labios. No se deba cuanta de lo que sucedía a su alrededor. Estaba enceguecido por la excitación, y hasta no correrse conmigo, no repararía del exterior.

Sin embargo, el chofer había demostrado ser eficiente y esperó afuera hasta que los dos hubiésemos terminado. Pero desafortunadamente un guerrero impertinente tocó la ventanilla con premura.

Velkan gruñó cabreado.

—¡Ahora no! —bramó con ganas de matar, no le permitirían comer con tranquilidad la miel que tanto codiciaba.

No obstante, el guerrero insistió.

—Pe-perdone, mi señor, pe-pero es urgente. La Soberana...

Velkan se tensó y su erección se desinfló.

—¿Qué pasa? —preguntó sin salir de mí.

—Lo ha estado llamando a su móvil. Lo necesita en el palacio.

Gruñí.

Podría tener las manos aprisionadas bajo mi espalda, pero las empuñé hasta enterrarme las uñas.  
*¡Maldita bruja!*

—Bien —contestó él con voz pastosa. El juego había acabado.



---

## Capítulo 3

Desperté frustrada y trasnochada. Eran las tres de la tarde y el enojo seguía corroyéndome la entrañas. Una vez que el desgraciado guerrero nos avisó de la orden de Amara, Velkan y yo nos bajamos de la limusina sin mediar palabras. Se había quitado su chaqueta y puesto sobre mis hombros para que ninguno se diera cuenta del desastre en mi indumentaria. Las muñecas fueron liberadas, pero a Hugo no le pasó por alto el enrojecimiento que había alrededor de estas. Contuvo una sonrisa y procuró hacerse el de la vista gorda.

Rodé los ojos hacia el espacio de la cama en la que se suponía mi esposo debería estar acompañándome. Si lo estaban reprendiendo por lo sucedido, les había tomado toda la noche. Me avinagraba pensar que por culpa de Lamar, Velkan podría sufrir algún tipo de represalia. Y no era justo, pues él hacía todo cuánto era posible por complacer a esa mujer, manteniéndose alejado de mí la mayoría de las veces, levantándose en pleno mediodía, para iniciar desde temprano sus actividades como Adalid.

Pese a ello, el hotel Angelov no requería de sus constantes supervisiones, tenía una excelente gerente que le daba pie a cualquier hombre que intentara pasarse de listo. Berta no era de mi agrado pero se encargaba de que todo funcionara a la perfección.

Remoloneé un poco en la cama, me costaba arrancar en las tardes, y solo me despabilaba una buena copa de sangre tibia. Ponía mis cinco sentidos al cien por ciento, llenándome de energía. No obstante no tenía tanta sed y mi apetito era otro. Quería sexo, duro y desenfrenado. Velkan me dejó como novata de pueblo: vestida y alborotada. Durante la madrugada me masturbé con el vibrador –que traje como contrabando bajo la chaqueta– en tres ocasiones. La satisfacción aplacaba mi ansiedad, pero al cabo de un par de horas, volvían las ganas.

Me estiré con flojera y arrastré los pies rumbo al baño, llevándome conmigo el aparato sexual. Pero por mí fuera, permanecía recostada el resto de la tarde y con el vibrador pegado a la vagina. Pero no podía darme el lujo de que los residentes del hotel pensarán que era una vaga. Todos los días iniciaba la rutina con cinco mil abdominales y ejercitaba con mi entrenador de turno. Desde que Velkan le frustró los planes a Iván y a Céferes, decidió que yo debía aprender a defenderme hasta con los puños. Para ello, me asignó dos entrenadores: Martín y Cristian. El primero me enseñaba defensa personal, el segundo, me adiestraba con las armas.

El entrenamiento con Martín –uno de los soldados más antiguos a su servicio y amigo personal– era vigoroso, sin consideraciones por mi estado civil o mi condición de mujer. En la vida real, el villano no las tendría conmigo. Me mataría en el acto.

En cambio con Cristian, las cosas eran un poco diferentes. A pesar del resquemor que le tenía mi querido esposo, le había confiado mi capacitación con las armas de fuego. Era ex policía y uno muy bueno, con excelente puntería. A parte de eso, me sentía identificada con él. Ambos éramos neoyorquinos, recién convertidos y perdidos en un mundo que no entendíamos.

Por otro lado, Velkan me hacía trabajar más de la cuenta; cuando sus funciones se lo permitían, él mismo se encargaba de enseñarme el manejo de la espada. No delegó la labor a otra persona por muy entrenada que estuviera. No quería que el filoso metal me lastimara. Velkan era todo un maestro dando instrucciones y reprendiéndome cuando era necesario. Para él era importante que yo pudiera desarmar a mi oponente sin tanta resistencia, era vital para la supervivencia.

Tomé un baño, añorando tener su compañía. Encendí el vibrador y procedí una vez más a autosatisfacerme, imaginándome que era Velkan quien lo paseaba por mi cuerpo.

Por desgracia, él no estaba y yo tenía que hacerlo sola. No duré mucho; como este había dicho en la limusina: “me corría rápido”. El orgasmo me invadió aunque no tan explosivo como los anteriores.

Terminé de enjabonarme y salir de la ducha, amargada y más frustrada.

~~Me vestí con ropas deportivas y recogí el cabello en una coleta. ¿Qué caso tenía usar prendas elegantes si al final iba a sudar como cerda? Me esperaba una noche larga...~~

Abandoné la suite, encontrándome con dos mucamas dándole al cotilleo en pleno pasillo. Estaban tan sumergidas entre sí que no repararon en mi presencia.

—¡Qué terrible! Pero ¿cómo sucedió?

—¡No lo sé!

—¿Estará ella involucrada?

—No me extrañaría...

Los murmullos cesaron de inmediato en cuanto me divisaron. Las mucamas se sobresaltaron y reanudaron sus faenas como si nada hubiera pasado.

Fruncí el ceño por sus actitudes; un par de tontas que descuidaban su trabajo, no eran dignas de servir en el hotel.

Pasé por el lado de ellas. Una simulaba desempolvar una escultura grotesca y la otra sacarle brillo al piso con la pulidora.

Me miraron e hicieron una leve reverencia. Caminé de prisa, sintiéndome extraña, pues para nadie me consideraba especial como para merecer semejante saludo.

—¡Vanessa! —me llamó Samantha, agitada. Corría en mi dirección con la mirada desencajada.

—¿Qué te pasa? —Seguro había discutido con Úrsula. En los últimos días no hacían otra cosa que reñir a toda hora. La Aryna alemana deseaba arrastrar a su novia fuera del país, debido a los nuevos dirigentes. La escultural mujer no estaba dispuesta a seguir ofreciéndole lealtad a una Grigori pretenciosa.

Samantha miró a las mucamas y no respondió. Me tomó del brazo, alejándome de oídos curiosos. Me llevó al Salón Dorado y cerró la puerta para que nadie la pudiese escuchar.

—¿Qué sucede? —me inquieté. Por lo general, ella actuaba más comedida, pero en esta ocasión estaba alterada.

Me hizo sentar en el sofá y se situó a mi lado.

—Asesinaron a un Adalid —soltó sin más.

Parpadeé, asimilando la noticia.

—¿De la nueva Casa? —Fue lo primero que se me ocurrió preguntar.

—¡Por supuesto! —exclamó con impaciencia—. Lo mataron en horas diurnas y en el Palacio de Dielmisen.

Me sorprendí. El asesino tenía agallas.

—¿Qué Adalid fue? —Por lo menos estaba segura que no era Velkan. Samantha ya me hubiera informado al respecto y su reacción sería apesadumbrada.

Ella contestó:

—Uno llamado, Lamar.

Jadeé.

—Por Dios... —me llevé la mano al pecho. De pronto las paredes del ostentoso salón, se hicieron estrechas—. ¿Quién lo hizo?

Samantha se encogió de hombros.

—No se sabe —dijo—. Parece que fue al amanecer. Quién lo haya cometido, debió refugiarse en algún lugar cercano para protegerse de los rayos solares.

Fruncí el ceño. Amara debía estar furiosa. Un desconocido burló la seguridad y asesinó a uno de los suyos en su propia morada.

Pasé saliva y Velkan llegó a mi mente.

—¿So-sospechan de alguien?

Ella bajó la mirada y asintió.

Dejé de respirar.

---

—¿Quién? —demandé como si esta estuviese al tanto de todo cuanto acontecía en la ciudad. El cotilleo viajaba a la velocidad de la luz; la muerte de ese cara-de-sapo era una noticia que requería atención. En especial, si estuvo involucrado en un escándalo con el ex servidor de la Casa de Serpiente y una supuesta asesina.

Entonces, Samantha levantó el rostro y encausó sus ojos llorosos sobre mí, para responderme:

—Velkan.

---

## Capítulo 4

—Lo siento, mi señora, pero usted no puede salir —comentó uno de los guardianes apostados en las puertas del Angelov.

Gruñí.

—¿Y eso por qué? —me enojé, imaginándome las razones. Pero no perdía nada con preguntar.

Él interpelado miró a su compañero, como pidiéndole un permiso silencioso para contestar.

Este, asintió.

—El Adalid no lo hubiera permitido —dijo.

Abrí los ojos como platos, esos imbéciles se estaban tomando atribuciones que no le correspondían.

—¡Ah, pero él no les dio ninguna orden precisa!, ¿no es así?

El guardián, con cierta reticencia, me dio la razón.

—Entonces, ¿por qué me bloquean el paso? —le inquirí. No podía esperar a que un tercero me trajera malas noticias. Si Velkan estaba en problemas era mi deber estar a su lado.

—Es para su protección —explicó.

—No la necesito.

El hombre negó con la cabeza.

*¡Uf! ¡Qué necio!*

Entrecerré los ojos, dispuesta a volarle la dentadura de un puñetazo. Con él pondría en práctica mi entrenamiento.

—Mira, pedazo de...

Los guardianes se hicieron a un lado, tan pronto una presencia masculina se acercaba a la puerta principal.

Uno de ellos le permitió el paso, haciendo su respectiva reverencia.

—¡Velkan! —exclamé en cuanto lo vi. Me eché a sus brazos sin esperar invitación. Si estaba en libertad era porque las cosas no habían trascendido para perjudicarlo—. ¿Estás bien? —le observé con detenimiento. Su mirada imperturbable no revelaba nada.

Él asintió y avanzó hacia las escaleras.

Lo seguí con el corazón retumbándome en el pecho, Velkan ni siquiera sonreía para tranquilizarme, estaba ausente, sumergido en sus propios pensamientos.

No lo abordé con incesantes preguntas, esperé hasta estar en la privacidad de nuestra suite para que pudiera informarme de los hechos.

Una vez cerrada la puerta...

—Me contaron lo que sucedió —dije sin revelar la fuente. Aunque, lo probable, él se imaginaba a quien sería.

Velkan respiró profundo, visiblemente cansado, y se desplomó en uno de los sillones de la sala.

—¿Estás bien? —Era imperativo saber si lo estaba. De eso dependía nuestra felicidad. Sobre todo nuestro futuro.

Esbozó una medio sonrisa y alargó la mano para que se la tomara. Su mirada reflejaba preocupación, a pesar de que se esmeraba con aparentar lo contrario.

La tomé y él tiró de mí con suavidad hasta sentarme a su lado.

—Sí —respondió mientras me rodeaba los hombros con su brazo.

Esperé a que se animara a contarme todo, pero se tomaba el tiempo para hablar. Me moría por saber si estaba implicado en la muerte de ese odioso vampiro. Había reaccionado con violencia cuando escuchó de sus labios la ofensa que me había lanzado. Categorizarme como puta, no era algo que dejara pasar por alto; menos, si fue expresado a los cuatro vientos.

—Lamar fue descuidado —se animó a decir—. Bebió mucho alcohol y no se percató que había amanecido. Murió calcinado.

Torcí el rostro en un rictus de asombro. Semejante revelación parecía inconcebible. El instinto de supervivencia de un vampiro era más agudo que el de los humanos, y sentir la luz del día cerrar sobre nosotros, nos obligaba a levantar todas las alarmas. El hecho de haber bebido hasta inconciencia, nos hacía vulnerables como cualquier mortal.

Sin embargo, viniendo de un Adalid que con su entrenamiento militar y siglos vividos era reprochable.

—Qué terrible... —me impactó—. Pero... no entiendo... ¿Cómo se expuso? ¿Por qué nadie previno?

Velkan torció una sonrisa desdeñosa.

—Estaba solo en su habitación. Parece que no midió la distancia de los ventanales y la traspasó. Se incineró antes de caer al piso.

Fruncí el ceño. Una muerte absurda para un vampiro de alto nivel. Lamar disfrutó poco el regreso a casa. Berlín era una ciudad que albergaba intrigas y misterios.

Suspiré y me recosté sobre su pecho. Si la muerte de ese hombre fue un accidente, entonces estaba libre de toda sospecha. Increíble lo que podía hacer el licor en los vampiros; nos afectaba más de la cuenta.

—¿Cómo lo tomó Amara? —pregunté queriendo llevar la conversación hacia su retención en la guardacasona.

Él con sus dedos perdidos en mi caballera, me contestó:

—Enojada. Lamar fue un idiota.

*Sí que lo fue.*

—Ella, no... —me detuve, no sabía cómo abordar el tema sin ofenderle.

—¿Sospechó de mí? —concluyó lo que le quería decir.

Asentí sin levantar la vista.

—A pesar de estar allí presente, no había nada en su habitación ni en los alrededores que me implicara. Lamar era pésimo bebedor; el licor le nublaba los sentidos. Además, yo estaba resolviendo un asunto con mi escuadrón.

—Creí que hablabas con Amara —salté al instante—. Como ignoraste sus llamadas...

—Eso no tardó mucho.

—¿Y de qué conversaron? —era asfixiante la curiosidad que se había apoderado de mí. Temía desconfiaba de todo.

—Es privado —contestó con parquedad.

*Privado...*

Lo que le haya dicho la reina no era para el conocimiento de terceras personas. En este caso, esposa del agraviado.

—¿Te haló las orejas? —pregunté haciendo referencia a lo de la fiesta. En mi deseo egoísta deseaba que fuese así. Que ella se hubiese molestado con él y dejara de ser su Adalid favorito.

—Un poco —dijo sin revelar más.

Fingí estar aliviada, aunque la respuesta me desanimó. Amara buscaría los medios para que Velkan orbitara a su alrededor las veces que ella quisiera.

Me preocupé.

---

## Capítulo 5

—¡Cómo la odio! ¿Hasta cuándo tendré que soportar esta situación? —troné echando chispas por los ojos. Cada bala impactaba a la perfección en el tablero de tiro al blanco. Mi supuesto agresor tenía perforaciones en el área del corazón; descargaba el arma sobre él, imaginándome que era Amara. Un impacto en el sitio indicado y la mandaba directo al inframundo.

—Tendrás que acostumbrarte. Ella vino para quedarse —comentó Cristian a mi lado.

Cargó otra arma y me la entregó. La habitación insonorizada contenía cada explosión.

—Lo sé —convine—. Estaremos a sus pies por el resto de nuestras existencias. —Disparé sobre el rostro de la figura que en nada tenía que ver con mi furia. No quedó nada de ella.

Cristian sonrió.

—Tu puntería mejora cuando estas enojada.

—Pues entonces me volveré una experta. Ten cuidado, pronto derribaré tu record.

Él resopló, divertido.

—¡Eso está por verse!

Ambos reímos, aligerando un poco la tensión que había caído sobre mis hombros.

Pero un carraspeo demasiado sonoro, nos hizo voltear de inmediato.

—Por si no te has dado cuenta, estamos ocupados —espeté con ganas de clavarle un balazo en el medio de los ojos.

Elizabeth apretó la mandíbula e hizo una leve reverencia.

—Mi señora —arrastró las palabras—, la necesita el Adalid.

Gruñí.

Y precisamente él tenía que mandar a la serpiente venenosa para buscarme.

*¡Me va a oír!*

—Iré enseguida. Ahora... —abaniqué la mano de mala gana— lárgate.

Ella asintió, haciendo la venia. Se marchó, no sin antes intercambiar con Cristian una mirada silenciosa. Había celos en sus ojos.

—No deberías tratarla de esa forma —reprochó él un tanto molesto.

—Me desagrada —repliqué con resquemor.

—Pero no te excusa. No te comportes como déspota. ¡Tú no eres así!

Solté una risa sarcástica.

—¡Ella se lo ha ganado y con creces! ¡Que se aguante!

Cristian negó con la cabeza, en desacuerdo, pero no replicó.

Me dio la espalda para recoger las armas y dejar la habitación en orden. Velkan había dispuesto para mí un espacio bien amplio para que practicara mi puntería; pese al duro entrenamiento en el que era sometida, mi humor cada vez empeoraba.

Salí del área de polígono y caminé furiosa por el pasillo.

En los días posteriores a la muerte de Lamar, Amara requería la presencia de Velkan con más asiduidad. Las horas se extendían en el Palacio de Dielmisen con extrema lentitud, cada minuto en el reloj era perpetuo y agotador. De saberlo al lado de esa mujer me avinagraba el carácter, él aprovecharía cualquier ocasión que se le presentara para ponerle las garras encima.

Samantha me aconsejaba que no lo tomara personal, que él solo cumplía órdenes como todo servidor y que el flirteo estaba fuera de lugar. Amara no se expondría al escrutinio público. Un Grigori casquivana no era un título que ella deseara ostentar por siempre.

¡Pero no habíamos tenido sexo! Desde “el desafío” en la limusina, ni un minuto me dedicaba para darnos cariño. ¡Ni siquiera recordaba su premio! Yo atada a la cama...

Cada vez que intentaba seducirlo, su móvil sonaba y salía disparado fuera del hotel. ¡Como Amara adivinara las veces en que íbamos a intimar! ¡Nunca nos permitía gozar de nuestros lazos matrimoniales! Era una bruja.

¡Ufs! Estaba de un humor de perros, teniendo como “amante sustituto” al vibrador. De seguir así solicitaría el divorcio y me casaría con el aparato.

Al llegar a la suite, Velkan me llamó desde su despacho. Estaba serio, sentado detrás del escritorio. Era la primera vez que entraba a esa habitación; todo desbordaba sobriedad, con muebles de líneas simples y de colores oscuros. Muy él.

—Siéntate —señaló la silla que había enfrente.

Sonreí extrañada.

—¿Por qué tanto formalismo? ¿Me vas pedir matrimonio? —bromeé. Pero dentro de mí había zozobra; siempre que discutíamos algún problema, lo hacíamos en la cama o en la sala. Jamás en un lugar tan frío.

Velkan juntó sus manos sobre el tope del escritorio y me estudió con la mirada.

—¿Recuerdas mi otro oficio, Vanessa?

Asentí, aprensiva.

—Eres Recolector —dije. De repente sentí una opresión en la boca del estómago.

—Y el mejor en mi especialidad —expresó sin modestia alguna.

Las palpitaciones en mi corazón, comenzaron a augurarme que estaba por escuchar algo desagradable.

—Somos cazadores —agregó—. Recorremos las ciudades en busca de humanos saludables.

Me removí en la silla, inquieta.

—No entiendo por qué me lo dices.

Velkan borró la sonrisa de su rostro y tardó unos segundos en contestar.

—Porque serás una de nosotros.

Mis ojos casi se salen de sus cuencas, perpleja por lo que había escuchado.

—¡¿Qué?! —Me levanté de la silla, temblando de pies a cabeza—. ¿Acaso te has vuelto loco? ¡Yo no tengo madera para esas cosas! —Con razón tanto parloteo.

Velkan se levantó y rodeó el escritorio para acercarse.

—No es un mandato mío —reveló.

Pasé saliva. Eran órdenes superiores.

—Sino de ella... —chillé—. ¿Por qué, Velkan?, ¿sabes lo que pienso al respecto!

Él suspiró y puso sus manos sobre mis hombros. Sus ojos buscaron los míos para infundirme valor.

—Por eso es que te ha escogido —me hizo ver—, tienes control sobre tu sed. Eres escrupulosa y rápida. Perfecta para el oficio. Además de que...

—Velkan, yo no podré... —lo interrumpí llorosa—. Va en contra de mis principios.

Él soltó una sarcástica sonrisa. A veces se comportaba despiadado.

—¿Tus principios? —espetó—. Mi niña, has bebido sangre de humanos inocentes desde que me convertí. Yo por ti, cambiaría esos principios.

—¡Me refiero a matar! —Era como comer pollo en la cena, sin la necesidad de pasar por el proceso de la decapitación y el desplume.

Velkan suspiró impaciente.

—No lo harás —comentó—. Los atraparás sin causarles daño. Somos buenos para hipnotizar.

—Pero serán humanos con un destino asegurado: la muerte —repliqué con pesar.

—No siempre será así —aseguró—. A veces sustraemos sangre de cadáveres.

Jadeé impresionada. Nunca me había preguntado la forma en cómo ellos la obtenían.

—¡Eso es repugnante!

Él negó con la cabeza.

—Podemos beber de algún humano recién fallecido—respondió como si nada le afectara.—

Fruncí el ceño.

—¿Cómo pueden hacer eso? —le recriminé—. Páguenle a algún sujeto para que les done sangre.

Hay muchos por ahí dispuestos a vender un poco por dinero. No hay necesidad de cazar o de beber de los muertos.

Velkan respiró profundo y me hizo sentar de nuevo en la silla. Tomó la que estaba a su lado y se sentó.

—Lo hacemos —comentó—. Pero para algunos vampiros la sangre obtenida por mutuo acuerdo pierde valor. Al cazar, o al obtenerla bajo condiciones especiales, la adrenalina del humano afecta la sangre e incrementa su sabor.

Torcí el gesto.

—Me parece que eso es pura mierda —escupí—. Son sádicos que les gustan causar dolor.

—No nos corresponde a nosotros juzgar —replicó él—. Solo obedecer. Y tú, mi amada Vanessa, obedecerás. Mañana iremos de cacería.

Dejé de respirar.

—¡No! —me levanté de la silla y corrí hacia la sala—. ¡No estoy lista! ¡No me pongas a prueba!

Velkan me siguió y miró con lástima.

—Lo siento, traté de evitarlo, pero Amara fue renuente. Tú serás la encargada de organizar la cena.

Su revelación me dejó de piedra.

—¿La qué?!

Velkan bajó la mirada.

—Ella insistió. Desea que se lleve a cabo en el Angelov. Seremos sus anfitriones.

—Cazar y cocinar... —mascullé. No lo podía creer.

Él asintió.

—Lo harás bien —señaló con tranquilidad.

Resoplé.

—¿Y para cuándo será la condenada cena?

Soltó una exhalación.

—Tres días.

Apreté la mandíbula para evitar gritar a todo pulmón. Maldita Grigori que hacía lo posible para atormentarme la vida. No se conformaría con que atrapase a sus presas, sino que tenía que preparar una cena.

*Cielos...*

No en vano él me había advertido que ella adoraba las fiestas y los grandes banquetes. Le encantaba ser el centro de atención y que la colmaran de halagos. Por esa razón, lo puso entre la espada y la pared al asignarme semejante tarea. Eso implicaba un gran recibimiento dentro de las instalaciones, por extensión, una cena como Dios manda. Dicho evento debía alcanzar las más altas expectativas. Una vampira que siempre lo ha tenido todo: belleza, poder y eternidad, no se conformaría con nimiedades. Eso implicaba que la sangre que debía servirse tendría que ser de la mejor calidad. Humanos jóvenes y fuertes.

Velkan me abrazó.

—Descuida, estaré contigo en todo momento.

Deshice el abrazo con rudeza.

—¿Y si ella se opone y decide que sea otro que me adiestre?

Él negó con la cabeza.

—La convencí de ser tu maestro —dijo—. Solo yo te enseñaré a cazar. Serás la mejor —sonrió—



- [read online Star Trek: Foundations Book 3 \(Star Trek: Corp of Engineers, Book 19\) online](#)
- [Reduced Impact Logging in the Tropical Rain Forest of Guyana: Ecological, Economic and Silvicultural Consequences pdf, azw \(kindle\), epub](#)
- [Steel Boats, Iron Hearts: The Wartime Saga of Hans Goebeler and U-505 for free](#)
- **[download MythOS here](#)**
- [Defender \(The Arwen, Book 1\) book](#)
- **[The War Room: Political Strategies for Business, NGOs, and Anyone Who Wants to Win pdf, azw \(kindle\)](#)**
  
- <http://toko-gumilar.com/books/Star-Trek--Foundations-Book-3--Star-Trek--Corp-of-Engineers--Book-19-.pdf>
- <http://www.mmastyles.com/books/Catherine.pdf>
- <http://metromekanik.com/ebooks/The-Voices-of-Morebath--Reformation-and-Rebellion-in-an-English-Village.pdf>
- <http://omarnajmi.com/library/Pamphlet-Architecture-29--NaJa---deOstos.pdf>
- <http://aircon.servicessingaporecompany.com/?lib/Pathfinder-Campaign-Setting--Lands-of-the-Linnorm-Kings.pdf>
- <http://redbuffalodesign.com/ebooks/The-Essential-Keynes--Penguin-Classics-.pdf>